



---

**Universidad de Valladolid**

**Facultad de Filosofía y Letras**

**Grado en Historia**

**La Guerra Fría en Iberoamérica**

**Jorge Manuel Martínez Quintana**

**María Luisa Martínez de Salinas**

**Curso: 2015-2016**

## **RESUMEN:**

Este Trabajo de Fin de Grado trata de analizar las consecuencias políticas que la Guerra Fría tuvo en la región iberoamericana, así como estudiar sus parámetros en unas coordenadas delimitadas y de características distintas al del resto de escenarios del conflicto. El juego diplomático entre Washington y Moscú trasladó en varias ocasiones la atención mundial a algunos de los países iberoamericanos, siendo Cuba la gran protagonista. De este modo, el intervencionismo estadounidense y la intrusión ideológica comunista en el continente fueron los elementos clave que marcaron el devenir político de la mayoría de estos países durante la segunda mitad del siglo XX.

**Palabras clave:** Iberoamérica, Guerra Fría, Estados Unidos, Intervencionismo, Comunismo, Revolución Cubana, URSS.

## **ABSTRACT:**

The objective of this study is to analyze the Cold War's political impact in the Iberoamerican region and delimit its parameters and characteristics. The diplomatic game between Washington and Moscow moved the global attention to some of the iberoamerican countries, especially to Cuba which played an important role during these years. In this way, the north-american interventionism and the communist ideological intrusion set the political situation of most of these countries during the second half of the twentieth century.

**Keywords:** Ibero-america, Cold War, United States, Interventionism, Communism, Cuban Revolution, Soviet Union.

## ÍNDICE

<b>1. Introducción</b> .....	4
<b>2. La Guerra Fría</b> .....	5
2.1. Concepto y planteamiento general.....	5
2.2. Guerra Fría en Iberoamérica.....	6
<b>3. Relaciones EEUU-Iberoamérica</b> .....	9
3.1 De la Buena Vecindad a la Doctrina Truman.....	9
3.2. Regímenes totalitarios bajo la influencia estadounidense.....	12
3.3. La Alianza para el progreso de Kennedy.....	16
<b>4. Relaciones URSS – Iberoamérica</b> .....	19
4.1. Relaciones diplomáticas: el comunismo en Iberoamérica.....	19
4.2. Comunismo, nacionalismo y antiimperialismo .....	21
<b>5. Síntomas de la Guerra Fría en Iberoamérica</b> .....	23
5.1. Intervencionismo de EEUU.....	23
• <i>Guatemala. Árbenz y la United Fruit Company</i> .....	24
• <i>República Dominicana. De Trujillo a la intervención</i> .....	28
• <i>Chile. La intervención económica</i> .....	30
5.2. La revolución cubana.....	31
<b>6. Conclusiones</b> .....	35
<b>7. Bibliografía</b> .....	38

## 1. Introducción

La principal razón que me ha llevado a realizar mi trabajo sobre “*La Guerra Fría en Iberoamérica*” tiene que ver con la asignatura “Historia de América en el Siglo XX”. En dicha asignatura se hacía un recorrido histórico por los países iberoamericanos, su evolución política, social, económica e ideológica. El contenido de la asignatura me llamó la atención, por lo que quise ampliar mis conocimientos respecto al tema y además centrarme en un acontecimiento histórico tan relevante como fue la Guerra Fría.

Los años de la Guerra Fría y la tensión política y militar que los caracterizó, marcaron las relaciones diplomáticas internacionales de la época ya que cada país tuvo que escoger un bando, o el capitalista-liberal o el soviético-comunista. Prácticamente cada rincón del mundo se vio afectado durante la segunda mitad del siglo XX por esta bipolarización ideológica que, sin embargo, no causó un enfrentamiento bélico entre ambas partes, puesto que lo trasladaban a países satélites exteriorizando el conflicto. Regiones como Asia o África vivieron importantes problemas durante estos años, mientras que en Europa la tensión se redujo a las desavenencias políticas y económicas a ambos lados del Telón de Acero. Por otro lado, el esquema en Iberoamérica respondió a una serie de factores que obligan a estudiarlo desde otra perspectiva.

La Guerra Fría en Iberoamérica no tuvo una influencia tan directa y evidente como en el resto del mundo debido a las características políticas y coyunturales del continente. De este modo, a lo largo del trabajo trataré de analizar las relaciones entre las dos superpotencias con la región para intentar delimitar unas coordenadas específicas del conflicto, y plantear sus características y particularidades. Me centraré sobre todo en el papel que desempeñó Estados Unidos en el devenir histórico de estos países con el objetivo de consolidar su zona de influencia y sus intereses económicos.

Las pautas de la articulación del trabajo residen en una definición general de la Guerra Fría en primer lugar, para después dividirlo en dos partes: las relaciones entre EEUU e Iberoamérica, incluyendo el intervencionismo norteamericano y sus objetivos, y por otro lado las relaciones con la URSS que, como veremos, tienen unas características completamente distintas. El marco temporal lo he reducido a los últimos años de la década de los cuarenta, los años cincuenta y los sesenta, por ser en estos momentos cuando surge el conflicto, se define y universaliza, y cuando se produjeron sucesos tan cruciales como la Crisis de los Misiles.

Respecto al estado de la cuestión y la bibliografía utilizada, es necesario decir que apenas existen estudios definidos que tratan el papel de Iberoamérica en la Guerra Fría o las consecuencias que esta tuvo en la región. La metodología que he seguido ha sido dividir el tema elegido en una serie de apartados más precisos, como el intervencionismo de EEUU o la Revolución Cubana por ejemplo, eligiendo bibliografía dedicada específicamente a los respectivos apartados. Por otro lado, he podido percibir una tendencia bibliográfica crítica con la política exterior de EEUU, a la que se suele calificar como imperialista y opresora. En cuanto a la influencia de la URSS en estos países, tampoco hay estudios que definan las relaciones entre ambas partes ya que, como explico en el desarrollo del trabajo, la presencia soviética persigue una intrusión ideológica más que política, por lo que dichos estudios tratan principalmente de abordar la cultura política comunista en Iberoamérica.

## **2. La Guerra Fría**

### **2.1. Concepto y planteamiento general**

La caída del nazismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial establecieron un nuevo esquema europeo que pronto llegó a prácticamente a cada rincón del mundo. El viejo continente había quedado arrasado, agotado y con un futuro incierto, lo que provocó la rápida actuación de las potencias vencedoras traducida en una serie de conferencias y cumbres políticas que tenían como fin mantener las condiciones de paz y reflotar a los países asolados.

En las conferencias de Yalta y Potsdam, en febrero y julio de 1945 respectivamente, se decidió en primer lugar el futuro de Alemania una vez derrocado el régimen nazi. El reparto administrativo de Alemania entre los aliados y la URSS fue la cuestión fundamental a tratar, aunque más difícil fue decidir sobre la situación de Polonia que había quedado dominada por los soviéticos. A medida que ganaron terreno al fascismo, los rusos fueron adoptando una actitud conflictiva aplicando una asimilación forzosa del modelo estalinista en los distintos países del este europeo que iban ocupando. De este modo, las concesiones territoriales en Yalta y Potsdam y los acuerdos que entonces se llevaron a cabo supusieron *“la definición de las esferas de*

*influencia en Europa y la consagración de la soviétización de la Europa Central y Oriental (...) poniendo así la semilla de la futura Guerra Fría”<sup>1</sup>.*

El hundimiento de las potencias europeas proporcionó a EEUU y a la URSS la capacidad para postularse como los nuevos árbitros mundiales, lo que aumentó la ya patente rivalidad entre ambos. La tensión entre estadounidenses y soviéticos acabó provocando lo que se ha denominado como “Guerra Fría”, que más que una guerra en sí, fue un estado de tensión constante a la que se vio sometido un mundo dividido en dos bloques, por un lado el capitalista y por otro el comunista, hasta la caída de la URSS en 1991. Como bien la definió el filósofo francés Raymond Aron, era “*una guerra improbable y de paz imposible*”<sup>2</sup>.

La tentativa de ambas partes de implantar el modelo político, ideológico, económico y social que regía su existencia, impulsó la creación de una maquinaria diplomática, propagandística, cultural, tecnológica y sobre todo militar –aunque ésta última tuviera como fin práctico la demostración de poder– que verdaderamente cambió no solo a ambos bloques, sino al mundo entero. Durante la segunda mitad del siglo XX, los choques ideológicos de un mundo bipolar estuvieron a punto de provocar un nuevo conflicto real y global que podría haber sido irremediable debido a la expansión de la tecnología nuclear presente en el repertorio militar de los países involucrados.

El Telón de Acero que dividió Europa, la hostilidad patente entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, así como la pugna por el dominio de la esfera política mundial entre EEUU y la URSS, marcaron las relaciones internacionales y el devenir político, económico y social de muchos países durante estas décadas.

## 2.2. La Guerra Fría en Iberoamérica

En este contexto, y como no podía ser de otra manera, el mundo iberoamericano se vería envuelto en la maraña de la tensión bipolar propia de esos años. Si durante las primeras décadas del siglo XX América Latina estuvo irremediamente ligada a la diplomacia con EEUU, después de la IIGM la situación cambió por el vuelco activo de la política exterior estadounidense hacia los problemas europeos. Sin embargo, una vez

---

El sistema de cita que se ha seguido en este trabajo es el que se utiliza en la *Revista de Indias* que publica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde 1940.

<sup>1</sup> Pelaz, 2006: 206

<sup>2</sup> Ibídem: 215

globalizada la Guerra Fría, el avance de la ideología comunista hizo que el objetivo norteamericano se volviera de nuevo hacia sus vecinos del sur, cuestión sobre la que trata fundamentalmente este trabajo.

Sin embargo, cabe preguntarse si las particularidades que ofrecía Iberoamérica respecto a Europa –tanto históricas como coyunturales– podían acoplarse a los patrones diplomáticos que se apreciaban sobre todo al lado oriental del Telón de Acero.

Desde el comienzo de la Guerra Fría, la URSS había llevado a cabo la absorción total y forzada de los países del este europeo hasta que los convirtió en auténticos apéndices o satélites del sistema soviético. La estalinización se caracterizó por la liquidación electoral y física de la oposición política, poniendo en marcha una represión que supuso el auténtico móvil de la tensión general de estos años<sup>3</sup>. Así, frente a los países involucrados en el Pacto de Varsovia, que conformaban el bando comunista, se situaban los del bando liberal-capitalista que conformaba la OTAN.

Observando la conflictividad europea como verdadero foco de tensión, debemos extrapolar la situación al territorio americano. Si bien la distancia geográfica con los soviéticos no hizo posible una satelización política comparable con la que se dio en el este europeo, sí que pueden constatar en Iberoamérica las consecuencias de la bipolarización mundial, sobre todo planteado en un plano ideológico. Si durante la Segunda Guerra Mundial la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos se sumaron a la condena de las agresiones alemanas, durante la posguerra se vivió una desestabilización ideológica en todo el continente por el avance del comunismo revolucionario y al mismo tiempo de la política de contención norteamericana favorable a los derechismos totalitarios.

Consecuentemente a lo largo de este trabajo se verá cómo la influencia política, económica o ideológica de ambas partes afectó al devenir histórico de algunos de los países iberoamericanos durante las décadas de los cincuenta y sesenta, que fueron los años de mayor inestabilidad política y social, sin olvidar que también las cuestiones económicas fueron decisivas en el rumbo que tomaron los acontecimientos.

Desde la Segunda Guerra Mundial, la economía de Iberoamérica avanzó a un ritmo positivo debido sobre todo al auge del sector industrial. La situación de un mundo en guerra favoreció el comercio con el exterior y elevó el precio de los productos, lo que

---

<sup>3</sup> Veiga, , 2006: 131-136

favoreció en las siguientes décadas a que el grado de industrialización llegase a alcanzar el 25.4% de los años setenta<sup>4</sup>. Sin embargo, este crecimiento industrial no se supo adecuar correctamente a la situación de los distintos países, ni se tuvieron en cuenta ciertos factores que a la larga acabarían provocando la sonada crisis del petróleo de los años ochenta.

Junto con el sector industrial, el agrario también experimentó cierta mejoría gracias a la modernización de su estructura. Del mismo modo, benefició a esta situación la mayor racionalización de los recursos o el auge del comercio internacional, aunque sin duda alguna fueron fundamentales los mecanismos de integración y cooperación económica que se acordaron entre los países latinoamericanos en estos años.

Durante la segunda mitad del siglo XX se intensificaron las relaciones de cooperación económica entre los distintos países latinoamericanos, lo que llevó a la firma de una serie de convenios, tratados y acuerdos que independientemente de su resultado final, han supuesto un beneficio para la organización económica y comercial de estas naciones. El principal objetivo de los mecanismos de integración sería lograr un mercado común que convirtiese a Latinoamérica en un único bloque económico diferenciado del resto del mundo, con fronteras más permeables que favorecieran el comercio. Para el éxito de estos proyectos fue fundamental la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), fundada en 1948.

De mano de la CEPAL se asistió al nacimiento de distintas iniciativas de este tipo que se diferenciarán entre sí por el carácter regional principalmente, ya que mientras que Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), fundada en 1960, tendrá una orientación más suprarregional, otros organismos, como el Mercado Común Centroamericano, lo forman únicamente naciones centroamericanas. Bajo estas premisas surgió también el Pacto Andino de 1969, agrupando a los países bañados por el Pacífico, o el CARICOM que agrupa al caribe anglosajón.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Martínez de Salinas, 2006: 499

<sup>5</sup> Ibídem: 505-508



### 3. Relaciones EEUU-Iberoamérica

#### 3.1. De la Buena Vecindad a la Doctrina Truman

Las relaciones interamericanas han sido muy cambiantes a lo largo del siglo XX, sobre todo si ponemos el punto de mira en EEUU y su política exterior. No se entienden las relaciones entre el norte y el sur sin tener en cuenta el intervencionismo norteamericano que tenía como fin la defensa de sus intereses económicos, sobre todo en las primeras décadas del siglo. El espíritu cambiante de las relaciones norte-sur responde de forma primordial a la necesidad de la cooperación y reciprocidad general en un clima de inminente conflicto, siendo esto aplicable a la política de “Buena Vecindad” de Franklin Delano Roosevelt, quien fuera presidente de EEUU entre 1933 y 1945. Roosevelt, crítico con el intervencionismo y la insensibilidad política hacia Latinoamérica, “*instó al principio de fraternidad entre la comunidad de todos los americanos, inspirándose en el espíritu del panamericanismo y del trabajo conjunto entre vecinos*”.<sup>6</sup> A esta política de buena vecindad se debe la retirada de las tropas estadounidenses de Nicaragua y de Haití o la derogación de la Enmienda Platt en Cuba.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, EEUU se propuso minimizar las influencias que pudieran llegar de las potencias del Eje a Latinoamérica, tratando de evitar por ejemplo el comercio con Japón o reducir los intereses alemanes. Así, con las relaciones entre el Norte y el Sur más normalizadas gracias a la política exterior de Roosevelt, y ante el temor de un conflicto global, se llegó a una serie de acuerdos que tratarían de garantizar la cooperación interamericana, como los que se concretaron en la VIII Conferencia Panamericana de Lima de 1938, o en la Conferencia de la Habana de 1940 la cual establecía que una agresión de cualquier estado a una nación americana supondría un ataque contra todos los Estados Americanos. Apoyándose en estos acuerdos y tras el ataque japonés a Pearl Harbour, la práctica totalidad de los países latinoamericanos fueron rompiendo paulatinamente sus relaciones con las potencias del Eje e incluso algunos como México o Brasil llegaron a enviar tropas al frente.<sup>7</sup> Solamente Perón en Argentina manifestó cierta simpatía por el nazismo, lo que sus detractores utilizaron contra él.

Con el fin de la guerra y la victoria aliada, Estados Unidos se convirtió en la primera potencia mundial y su nuevo papel de líder le empujó a inmiscuirse

---

<sup>6</sup> Rinke, 2014: 149

<sup>7</sup> Ibídem: 153-165

directamente en la reconstrucción de Europa y en la normalización de la situación. A pesar de que la “Buena Vecindad” no había resultado como se esperaba en relación con los cambios en las estructuras sociales, económicas y políticas de Iberoamérica –más bien había favorecido el aumento de la dependencia del norte –, se tenían muchas esperanzas en la cooperación con Estados Unidos después de la guerra, pero la situación en Europa presagiaba una relación distinta. Por tanto, éste sería el punto de partida de una nueva fase en las relaciones interamericanas, marcada por la irrupción en Iberoamérica de los ideales comunistas y antiimperialistas, al mismo tiempo que se ponían en marcha las intervenciones norteamericanas para contrarrestarlo.

La política exterior norteamericana de posguerra se centró en Europa y el Plan Marshall, lo que dejaba a los países del sur al margen. Ante la implicación europea de Estados Unidos, Iberoamérica trató de reorientar las relaciones interamericanas renovando el principio de asistencia recíproca que se había acordado en la Habana en 1940. Fruto de esa nueva política fue la firma del Acta de Chapultepec en 1945 revalidando también el principio de no intervención.

Mientras el primordial objetivo de Iberoamérica era seguir con los parámetros diplomáticos que habían llevado a la buena vecindad entre ambas partes, la nueva confrontación ideológica de la Guerra Fría modificó los propósitos de los norteamericanos respecto a sus intereses en el sur. El avance de la ideología comunista y la tensión con la URSS después de las conferencias pacificadoras de la guerra hicieron reaccionar rápidamente al gobierno estadounidense, ahora presidido por Harry Truman.

Por lo tanto, la estrategia estadounidense se justifica por la amenaza comunista, y será el objetivo de la denominada “Doctrina Truman”. La Guerra Fría comenzaba a institucionalizarse y Estados Unidos necesitaba más que nunca el apoyo de sus aliados del sur. Un ejemplo de los efectos diplomáticos de la Doctrina Truman fue el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) firmado en Río de Janeiro en 1947, que supone la creación de un sistema de seguridad conjunto en América y el antecedente directo de la OTAN. Desde la firma del tratado, los asuntos económicos, que habían marcado las relaciones entre el norte y el sur del continente, y habían llevado a Iberoamérica a depender de Estados Unidos para su modernización económica, pasaron a un segundo plano.

A partir de entonces las relaciones entraron en una etapa de mayor distanciamiento por varias razones. En primer lugar por el desvío de los intereses

estadounidenses hacia Europa, pero también porque se esperaban ciertas compensaciones de Washington después del apoyo que Iberoamérica había prestado a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, o por firmar la cooperación militar en Río. Pero lo que más disgustaba en las naciones del sur era la situación de dependencia que se había creado respecto a Estados Unidos, y la pasividad y conformismo con que se había aceptado su hegemonía política, económica y cultural dentro del concierto panamericano<sup>8</sup>.

Esta última razón, junto con el clima internacional, fue probablemente lo que llevó a Estados Unidos a replantearse sus relaciones con el sur para enfocarlas únicamente hacia la prevención, o eliminación, de las ideologías de tinte comunista. El subdesarrollo y el crecimiento de la pobreza en los estados iberoamericanos ponían de manifiesto que las relaciones norte-sur no habían sido muy productivas hasta entonces, y habían facilitado la aparición de movimientos proclives al antiimperialismo y el antiamericanismo. Las complejas circunstancias internas creaban un caldo de cultivo para la aparición y el desarrollo del comunismo, lo que para Estados Unidos significaba tener el enemigo en su patio trasero, algo que no podía permitirse.

Bajo el manto de la Doctrina Truman y la necesidad de reforzar la seguridad frente al comunismo se creó en 1948 la Organización de los Estados Americanos. Surgió en un momento convulso, ya que se había producido el asesinato del candidato a la presidencia de Colombia, Jorge Eliécer Gaitán, y EEUU lo utilizó para fomentar el rechazo al comunismo. Así *“la Carta de la OEA amplió el principio de seguridad colectiva para que incluyese también otras formas de intervención, en referencia directa a los intentos de infiltración comunista”*<sup>9</sup>. Todo ello supone un nuevo avance de la política exterior norteamericana que ya estaba completamente sumergida en el juego diplomático de la Guerra Fría con Moscú.

Las relaciones entre EEUU e Iberoamérica durante los años cincuenta se basaron principalmente en el intento de los primeros de asegurar gobiernos de corte conservador en los países del sur, incluso apoyando dictaduras y regímenes totalitarios con tal de evitar el avance del comunismo. Aunque en algunas situaciones se mezclaron otros factores, como el peligro de amenaza a los intereses económicos norteamericanos. Lo más destacable en este aspecto fue la campaña contra Jacobo Árbenz, presidente de

---

<sup>8</sup> Ranke, 2014: 173-175

<sup>9</sup> Ídem

Guatemala, quien había iniciado la reforma agraria del país y había expropiado muchas hectáreas a inversores norteamericanos. Este caso y algunos otros serán analizados en el apartado correspondiente.

Para contrarrestar la influencia comunista en Iberoamérica se utilizaron muchos recursos, y el más importante fue la propaganda. En la tarea propagandística fue fundamental la *United States Information Agency*, o USIA, una agencia independiente del Departamento de Estado fundada en 1953 y cuyos objetivos eran “*la amistad, la cooperación y el respeto entre los Estados Unidos y cada país latinoamericano, (...) además de combatir el comunismo y el antiamericanismo, revelando su táctica y exponiendo su propaganda*”<sup>10</sup>. Los informes de la USIA en los años cincuenta se centran sobre todo en Guatemala por el conflicto con Árbenz, pero también en otros países como Brasil o Chile, donde se seguía con detenimiento el aumento de afiliados al partido comunista. Fue durante estos años, y sobre todo con el advenimiento de la revolución cubana, cuando se empezó a considerar el conflicto con la URSS y el comunismo como una guerra total, lo que provocó la puesta en marcha de un entramado de agencias y organizaciones que dirigieron todos los esfuerzos de Estados Unidos hacia su único objetivo.

### 3.2. Regímenes totalitarios bajo la influencia estadounidense

Una de las prácticas comunes de la política exterior estadounidense era la de apoyar regímenes totalitarios en Iberoamérica. Muchos gobiernos dictatoriales se consideraban abanderados de la lucha anticomunista, una circunstancia aprovechada por los norteamericanos para aumentar sus lazos de influencia y endurecer la contención al comunismo. Dicho apoyo se basaba sobre todo en ayuda financiera, pero en aquellos países donde existían verdaderos movimientos revolucionarios también se tradujo en ayudas técnicas y militares, proporcionando armamento. A continuación enumeraré algunos de estos regímenes encumbrados y apoyados por Washington para desmigajar aún más las relaciones de Estados Unidos con Iberoamérica así como sus intereses en el continente.

---

<sup>10</sup> Niño, 2012: 287

En el ámbito centroamericano hay que destacar dos casos, en primer lugar a los Somoza de Nicaragua, y en Honduras a los gobiernos de Tiburcio Carcías Andino y Juan Manuel Gálvez.

En Nicaragua, la familia Somoza llevaba ostentando el poder desde que Estados Unidos nombrara como comandante de la Guardia Nacional a Anastasio Somoza García –apodado *Tacho*– en 1933, alcanzando el poder gubernamental en 1937 tras un golpe de estado. Antes de conseguir la presidencia del país, había tenido que deshacerse de la oposición, la cual estaba representada por Augusto Cesar Sandino, asesinado en 1934 por la Guardia Nacional, y Juan Bautista Sacasa, último presidente antes de que los Somoza se hicieran con el poder. El dominio de la familia Somoza duró hasta 1979 cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional, dirigido por Daniel Ortega, protagonizó una revolución que les llevará a acabar con el régimen somocista. Durante más de cuatro décadas, los Somoza aplicaron un crudo régimen totalitario, se adueñaron de amplias propiedades y acumularon una enorme riqueza a costa de los nicaragüenses y se valieron de una fuerte represión para eliminar a sus opositores, y todo esto con el beneplácito de Estados Unidos. El régimen somocista gozó de la aprobación de todos y cada uno de los presidentes estadounidenses coetáneos por su marcado carácter anticomunista, que servía para ignorar las atrocidades que en el país centroamericano se estaba cometiendo. En una ocasión, el embajador norteamericano en Nicaragua apoyó, en los años cincuenta, “*el asesinato de cuatro estudiantes en la ciudad de León, a manos de la Guardia Nacional (...) pues eran comunistas*”<sup>11</sup>, este es solo uno de los muchos ejemplos que demuestran la pasividad de Washington a la crueldad de los Somoza. Este decidido apoyo a los Somoza tuvo sus frutos en cuanto a la contención del comunismo, ya que, entre otras muchas cosas, se aplicó la ley marcial en el momento en que se sucedieron numerosas revueltas en apoyo a la Cuba Castrista.

En cambio, en Honduras no se vivió una dictadura tan dura ni violenta como la que tuvo lugar en Nicaragua, pero sí que se mantuvieron importantes rasgos totalitaristas, militaristas y anticomunistas y, por ende, colaboracionistas con Estados Unidos. Tiburcio Carcías Andino fue dictador de Honduras desde 1936 hasta 1949, cuando le sucede su Ministro de Guerra, Juan Manuel Gálvez. Ambos gobiernos estuvieron a merced de las compañías fruteras estadounidenses, que conglomeraban la United Fruit Company. El creciente rechazo de la clase trabajadora hondureña hacia la

---

<sup>11</sup> Nieto, 2005: 86-87

política laboral de la frutera norteamericana hizo surgir el temor a que los sindicatos se convirtieran en una fuerza política que generase movimientos antiamericanos o comunistas. Esto demuestra que el motivo de que Estados Unidos interviniera o manejara ciertos gobiernos no solo tiene que ver con la contención del comunismo, sino también con la salvaguarda de sus intereses corporativistas<sup>12</sup>.

Trasladándonos ahora al Caribe, es necesario hablar de François Duvalier y la dictadura que implantó en Haití durante los años cincuenta y sesenta. Fue un régimen inspirado en el fascismo que durante la legislatura de Kennedy dejó de recibir apoyo estadounidense ante la apropiación de las ayudas internacionales. Sin embargo, cuando el presidente norteamericano muere asesinado, la administración Johnson le devolvió el apoyo al considerarle un útil contingente anticomunista.

En la región suramericana hay que destacar dos casos, el del gobierno de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, y el de Alfredo Stroessner en Paraguay<sup>13</sup>.

El electo presidente venezolano Rómulo Gallegos fue derrocado por un golpe militar en 1948, desembocando en la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez, que se mantuvo en el poder hasta 1958. El apoyo que recibió de Estados Unidos durante su gobierno se fundamenta en las grandes reservas de petróleo del país, de las más ricas del mundo en esos momentos. Fueron numerosas las concesiones que se le dieron a las empresas petrolíferas norteamericanas y, como compensación, se le otorgó al dictador venezolano la Legión del Mérito, la más alta condecoración que Norteamérica otorgaba a una personalidad extranjera. Y de nuevo, fruto de la consecución de sus intereses, Estados Unidos vio en Venezuela y en su régimen dictatorial una nueva oportunidad para establecer un frente anticomunista en Latinoamérica.

El último caso reseñable del apoyo a dictadores por parte de Estados Unidos es el de Alfredo Stroessner, dictador de Paraguay entre 1954 y 1989. Ejerció una dura represión contra sus opositores, basada en la tortura, la persecución y la legitimización del asesinato, sin embargo, estas circunstancias no fueron suficientes para que Estados Unidos le negara su apoyo, sino que más bien vieron en Stroessner un baluarte anticomunista que abogaba por sus intereses tanto políticos como económicos.

---

<sup>12</sup> *Ibidem*: 65-67

<sup>13</sup> Blandón, 1980: 419-421

Por lo tanto, vistos algunos ejemplos de cómo la administración norteamericana apoyó y benefició a regímenes dictatoriales a lo largo y ancho de Iberoamérica, se aprecia que esta tendencia responde a dos motivos que se enlazan entre sí: los intereses económicos, financieros y corporativistas por un lado, y la contención del comunismo por otro. Sin embargo, si se analizan las relaciones entre Estados Unidos e Iberoamérica durante la primera mitad del siglo XX, se comprueba que el único aliciente evidente responde a los intereses económicos, y que la táctica de contención del comunismo deriva por lo tanto de los años de guerra fría. Dadas estas circunstancias cabe preguntarse si las constantes intervenciones estadounidenses, así como los apoyos a estos regímenes totalitarios, tienen su origen durante los años cincuenta en la propia contención de la influencia soviética, o si se trata de un pretexto, de un motivo previo que legitime esa política exterior para satisfacer el expansionismo económico estadounidense. Lo que está claro es que ambos motivos deben englobarse en las directrices de la Doctrina Truman y del juego diplomático de la Guerra Fría.

La pasividad de la Casa Blanca ante la represión, las torturas, las persecuciones y las ejecuciones que estaban a la orden del día en las dictaduras iberoamericanas, da una fehaciente muestra de que todo vale en el tablero mundial que se estaba disputando en estos años para ganar la partida, ya sea en aspecto económico, político o propagandístico. Una célebre aunque controvertida frase pronunciada por Roosevelt, *“Puede ser que Somoza sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”*<sup>14</sup>, resulta muy reveladora, a pesar de que la pronunciara antes del teórico comienzo de la Guerra Fría.

Sin embargo, la estrategia de Estados Unidos cambió con la llegada de Kennedy. Durante su gobierno demócrata decidió acabar con el apoyo a estas dictaduras ya que provocaban numerosos movimientos revolucionarios y corrían el riesgo de caer en la órbita soviética, como es el caso cubano. Por el contrario, con su Alianza para el Progreso, Kennedy fomentó la democratización de las estructuras políticas, económicas y sociales de Iberoamérica para dar lugar a un clima que no provocase movimientos subversivos, y así abordar el problema del comunismo desde otra perspectiva no tan controvertida.

---

<sup>14</sup> Nieto, 2005: 86

### 3.3. La Alianza para el Progreso

El 1 de enero de 1959 triunfó la Revolución Cubana y se implantó en la isla un régimen que se orientaría abiertamente hacia los postulados comunistas y la URSS. Todo daba muestras de que la situación había cambiado. El peligro comunista estaba más cerca que nunca de territorio norteamericano, se había producido una intrusión real de los soviéticos en el Caribe y Estados Unidos debía reaccionar inmediatamente.

A partir de entonces, el modo de actuación estuvo encaminado a facilitar el apoyo económico directo a las naciones del sur para evitar la aparición de movimientos revolucionarios de base comunista. Bajo esta premisa, el gobierno del recién elegido John Fitzgerald Kennedy organizó en 1961 la llamada “Alianza para el Progreso”, un programa –del que Cuba quedó excluida– que proporcionó ayudas económicas directas a los países latinoamericanos y fomentó el intercambio cultural entre ambas partes para promover reformas sociales. Supuso el intento de la administración de Kennedy de aunar sus objetivos de política exterior con las aspiraciones de desarrollo económico y político de los países del sur.

Un importante objetivo del plan radicaba en la necesidad de democratizar la región, acabar paulatinamente con las dictaduras militares que gobernaban varios países. El planteamiento, enmarcado en el objetivo de contención del comunismo, tenía una doble utilidad. Por un lado, al acabar con las dictaduras opresivas y totalitarias se reducía la posibilidad de aparición de movimientos revolucionarios que tuvieran como objetivo acabar con esos régimen y que, una vez alcanzado el poder, sin duda establecería el suyo propio bajo postulados comunistas. Por otro lado, la propia democratización de un país, acompañado de la mejora de sus infraestructuras, de su economía y de sus políticas sociales, favorecía la estabilización general de la sociedad al aumentar la calidad de vida, por lo que los movimientos subversivos se verían reducidos.

Para la elaboración y aplicación de la Alianza se reorganizaron las directrices en materia de política exterior de Estados Unidos, jubilando los antiguos mecanismos de actuación y renovando las secretarías de Estado. Este es solo una de las características de la legislatura de Kennedy, marcada por su progresismo.

Con la Alianza para el Progreso se retomó el programa de ayuda directa que América Latina venía reclamando desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, lo que



normalizó las relaciones interamericanas, a pesar de las circunstancias. La nueva situación responde a las exigencias que el marco conflictivo de la Guerra Fría estaba generando en Iberoamérica. La ola de movimientos de corte antiimperialista y comunista-agrarista, que tiene en el caso cubano su mejor ejemplo, provocó la caída de dirigentes aupados antes por Estados Unidos para ser garantes de la estabilidad anticomunista en sus respectivos países. Por esto, era necesario un cambio de estrategia en la lucha contra el avance de las influencias soviéticas. Se trataba de implantar un modo de actuación basado en la prevención política e ideológica. La mejora de las condiciones sociales y económicas de los latinoamericanos, fruto de la inyección económica estadounidense, debería crear una mejor situación general. Poner las bases para un desarrollo económico equilibrado reduciría las posibilidades, a corto y largo plazo, de que surgiera un clima social inestable en Iberoamérica y por ende de movimientos revolucionarios.

La Carta de Punta del Este, firmada en agosto de 1961, establecía los parámetros que iba a seguir la Alianza y los objetivos que deberían lograrse en los diez años siguientes. Jerome Levinson –quien fuera funcionario para la Agencia de Desarrollo Internacional estadounidense durante los sesenta–, escribió “*Una alianza extraviada*”<sup>15</sup> donde realiza un exhaustivo análisis crítico de la Alianza para el Progreso, de todos los parámetros que la conformaron, los datos cuantitativos de sus ayudas económicas y sobre todo de si sus objetivos finalmente se cumplieron. Entre 1961 y 1969 los estados latinoamericanos que se acogieron a la Carta de Punta del Este recibieron un total de 18 mil millones de dólares en ayudas económicas, que tendrían como fin cumplir los siguientes objetivos funcionales y estructurales:

1.- Crecimiento económico per cápita de al menos un 2.5% anual. Sin embargo sólo durante 1968 se logró alcanzar este objetivo, ya que durante los años anteriores apenas se superó el 1.5%.

2.- El segundo objetivo deriva del primero, ya que se proponía garantizar el reparto equitativo de este apoyo económico para asegurar el desarrollo de las clases más bajas de la sociedad. Pero numerosos estudios han asegurado que la mayor parte de las aportaciones económicas fueron a parar al 10% más rico de la población, y que al final del periodo de diez años apenas hubo algún cambio positivo en las clases más oprimidas.

---

<sup>15</sup> Levinson, 1972

3.- Fomentar la industrialización, mejorar la utilización de los recursos naturales, aumentar la productividad agrícola y el consecuente descenso del desempleo. A pesar del evidente crecimiento industrial y agrícola durante estas décadas en Latinoamérica, no ocurrió lo mismo con la cifra de desempleados ante la imposibilidad de ocupar a los más jóvenes, que aumentaban cada año.

4.- Inversión en políticas sociales, en la reforma de la educación para eliminar el analfabetismo de la población o reformas sanitarias para mejorar la esperanza de vida y reducir la mortalidad infantil. La Alianza proponía aumentar la construcción de viviendas para que accedieran a ellas los más desfavorecidos. Sí es cierto que se vio cierta mejoría respecto a la sanidad, pero en educación y vivienda los resultados fueron muy escasos.

A pesar de que la Alianza para el Progreso planteaba un beneficio para todas las partes implicadas, su aplicación y desarrollo a lo largo de la década de los sesenta no proporcionó, como ya se ha mencionado, la mejora interna que se esperaba. Sus logros fueron más bien limitados en cuanto a la mejora de la calidad de vida de los iberoamericanos, pero sí fue un freno provisional para la aparición de nuevos focos comunistas y revolucionarios. Por lo tanto, si hubiese que evaluar de forma general al proyecto de Kennedy las conclusiones serían más bien negativas ya que, como bien se afirma en *“La Alianza extraviada”*:

*“Ha sido más destructora de esperanzas que creadora de éxitos firmes, ha dejado más desacuerdo que armonía, más desilusión que satisfacción. El progreso ha tenido muchos frenos, muchas penas e injusticias y las naciones aliadas se encuentran insatisfechas, fatigadas y tensas.”*<sup>16</sup>

La razón de esto puede responder a una serie de factores como el estallido de la Guerra de Vietnam y su consecuente desvío de recursos hacia el conflicto. Otro factor negativo puede tener que ver con su trasfondo, es decir, los intereses estadounidenses que estaban en juego, lo que limitaba la inyección económica en los países que no fuesen afines a las directrices políticas de Washington.

---

<sup>16</sup> Levinson, 1972: 285

## **4. Relaciones URSS – Iberoamérica**

### **4.1. Relaciones diplomáticas: el comunismo en Iberoamérica**

Como ya hemos visto, la diplomacia latinoamericana estuvo condicionada en su mayoría durante estos años por la influencia directa de Estados Unidos y por la propaganda anticomunista. Pero al mismo tiempo se extendía el brazo político de Moscú, que llegaba hasta la región para contrarrestar la sensación de omnipresencia norteamericana.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la Doctrina Truman había establecido una línea de contención del comunismo en los Estados del sur, lo que introdujo en el ideario institucional latinoamericano el rechazo diplomático de la URSS. Esto también influyó en las actividades políticas directas de los gobiernos de los distintos países, ya que antes de plantear importantes reformas económicas o sociales corrían el riesgo de ser identificados como comunistas.

América Latina había quedado fuera de la esfera de influencia de la Unión Soviética por la lejanía física pero principalmente por la extensión de la autoridad estadounidense. Antes de 1970 la URSS y América Latina eran mundos sin aparente relación. Pero la institucionalización o universalización de la Guerra Fría durante esos años y su concepción como una guerra total llevó a la URSS a aumentar sus mecanismos diplomáticos para difundir su cultura política a Latinoamérica.

Las relaciones diplomáticas entre ambas partes fueron muy pobres a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. Durante los años siguientes los contactos se reducían únicamente a intercambios comerciales. No se puede equiparar la atención soviética en la región con la que dedicó por ejemplo a otros escenarios como el Sudeste Asiático, Corea o África. Stalin no acabó de comprender el carácter latino de los movimientos revolucionarios de la región, pero a partir de su muerte en 1953, el nuevo gobierno de Nikita Jrushchov tomaría una nueva hoja de ruta no solo en sus mecanismos de actuación generales, sino también en las relaciones con América Latina. En este aspecto fue fundamental el estallido de la Revolución Cubana para que Moscú constatará el verdadero potencial que su sistema político podía tener en Iberoamérica. En los años finales de la década de los cincuenta la Unión Soviética vio que podía generar escenarios de inestabilidad político-social, conflictos o movimientos subversivos a

escasos kilómetros de su enemigo, por lo que la atención puesta en la región iría aumentando con el tiempo.

De este modo, empezaron a extenderse las actividades comunistas por Iberoamérica, así como su representación política gracias a partidos, organizaciones o sindicatos. La USIA hizo por entonces un exhaustivo seguimiento de la propaganda comunista y del aumento del número de afiliados a los partidos comunistas de Latinoamérica. Al terminar la década de los cincuenta el número de afiliados llegó a triplicarse, calculándose en torno a 250.000 en 1960<sup>17</sup>. Por lo tanto mediante el análisis de estos parámetros se llega a una conclusión, las relaciones entre la URSS y Latinoamérica responden básicamente a la expansión de la cultura política soviética como mecanismo para fomentar el rechazo hacia el imperialismo norteamericano. Se trataba de una intrusión ideológica y sigilosa que llevada a cabo en el lugar y momento adecuados, podría eclosionar y generar nuevos frentes favorables a Moscú y sus intereses. Y, como no podía ser de otra manera, la propaganda jugó un papel clave en esta labor, canalizada mediante “*publicaciones y revistas, editoriales y colecciones de libros, películas de ficción y festivales de cine, programas de radio y televisión, exposiciones culturales y tecnológicas, viajes (...)*”<sup>18</sup>.

No obstante, el comunismo en Iberoamérica presenta ciertas particularidades respecto al dogmatismo soviético. El continente era un mundo plagado de desigualdades sociales y la economía de la mayoría de los países se basaba en el monocultivo. Estos factores, junto con la represión de los regímenes dictatoriales, dieron lugar a un comunismo revolucionario basado en la guerrilla y que tenía como uno de sus objetivos principales la implantación de reformas agrarias que garantizaran el reparto de tierras y la mejora de las condiciones del campesinado.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 supuso el comienzo del establecimiento de la presencia soviética real en el continente, a pocos kilómetros de las costas norteamericanas. El giro ideológico de la revolución hacia el comunismo estableció una línea de contacto directa con Moscú, generando una situación que a punto estuvo de llevar al mundo al borde de un cataclismo nuclear. La denominada “Crisis de los Misiles” de 1962, sobre la cual profundizaré más adelante, abrió una nueva etapa en los parámetros diplomáticos de la Guerra Fría entre las dos

---

<sup>17</sup> Niño, 2012: 288

<sup>18</sup> *Ibidem*: 290

superpotencias, pero también entre la Unión Soviética y América Latina al ser considerada ésta última como un objetivo esencial para el movimiento comunista internacional.

#### 4.2. Comunismo, nacionalismo y antiimperialismo

La globalización de la Guerra Fría era un hecho ya desde principios de los cincuenta, y desde entonces prácticamente cualquier país del mundo tenía que formar parte de un bando u otro. Pero esta bipolarización no solo se vivía en las esferas políticas mundiales, en los congresos y programas electorales, sino que la sociedad y la cultura también se veían envueltas en la maraña ideológica que cada vez era más diferenciada.

Ya hemos visto como la ideología comunista y su intrusión en la sociedad latinoamericana era un método fundamental para que la Unión Soviética ampliase sus lazos de influencia en la zona. Si en los escenarios de la Europa del Este o de Asia esos lazos se producían gracias a una satelización política directa de los países, en América Latina la satelización era de carácter ideológico, lograda sobre todo gracias a la propaganda. Pero la cultura ideológica latinoamericana no solo se vio alterada por el auge del comunismo. Una serie de factores hicieron madurar en el repertorio ideológico-intelectual latinoamericano un conglomerado de ideas y opiniones que podían encajar perfectamente con las aspiraciones comunistas, pero que deben ser diferenciadas. Hablo del nacionalismo y el antiimperialismo. Ambos ideales, una vez llegaban a institucionalizarse, es decir, una vez que las sendas revolucionarias que las abanderaban consiguieran el poder, eran tendentes a relacionarse con el comunismo y la URSS para contrarrestar la influencia estadounidense.

Por lo tanto, los factores que hicieron aflorar al nacionalismo y el antiimperialismo se engloban dentro de la situación del momento, de la inestabilidad política y la tensión constante de la Guerra Fría, pero también tienen su origen en las décadas anteriores. El factor más decisivo tiene que ver con la relación de dependencia que los Estados latinoamericanos han tenido de EEUU durante todo el siglo XX, una situación que obligaba a estos países a estar en manos de las decisiones de Washington a la hora de planificar su economía. Por otro lado la bipolaridad ideológica a la que se

vio sometido el mundo influyó también al ver en la órbita soviética una solución a las aspiraciones nacionalistas y antiimperialistas.

*“El comunismo debe ser considerado no solo como un movimiento en sí mismo sino también como una fuerza que explota y expresa razonadamente las aspiraciones nacionalistas, y que provee orientación organizativa y política a todos los elementos anti-EEUU (...).”<sup>19</sup>* Este fragmento de un documento del Consejo de Seguridad Nacional de EEUU de 1953 refleja la perfecta comprensión de la situación ideológica que se estaba viviendo en Iberoamérica durante esos años. Los movimientos nacionalistas proliferaron para tratar de disminuir la influencia de Estados Unidos. Dicha influencia se basaba en la explotación de las materias primas de estos países, mediante un industria de extracción que solo abogaba por los intereses estadounidenses y que se nutría de mano de obra barata. El discurso nacionalista y antiimperialista iberoamericano trataba de abanderar la lucha de esos pueblos para defender su soberanía y sus derechos, y en muchos casos, ante la falta de oportunidades democráticas, no se dudaría en armar guerrillas para conseguirlo.

Este *neoliberalismo* norteamericano provocó el descontento de algunos gobiernos que manifestaron abiertamente su deseo de una liberación nacional. Así se comprende el éxito popular de nuevas experiencias políticas en Iberoamérica, como es la de Jacobo Árbenz en Guatemala, quien decidió expropiar un gran número de hectáreas a la United Fruit Company norteamericana, o la Revolución Cubana con Fidel Castro al frente que expropió bienes norteamericanos por valor de 1.000 millones de dólares, además de convertirse en la principal amenaza abiertamente comunista en el continente. Fue a partir de la Revolución Cubana cuando *“se incrementa en América Latina la lucha contra las dictaduras imperantes –aupadas por Estados Unidos– y se alzan las banderas de la democracia, la libertad y la justicia social”<sup>20</sup>*.

De este modo, es innegable el aprovechamiento de estas circunstancias ideológicas por la URSS para combinarlas a su cultura política, y así crear este clima que incomodó, y de qué manera, a su enemigo norteamericano.

---

<sup>19</sup> Documento del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, 6 de marzo de 1953, citado por Roitman, 2013: 88

<sup>20</sup> Blandón, 1980: 424

## **5. Síntomas de la Guerra Fría en Iberoamérica**

Como ya se ha comentado anteriormente, la Guerra Fría en Iberoamérica no tuvo la misma dimensión, tanto política como bélica, que tuvo en otros escenarios, sino que posee unas características propias que obligan a estudiar el proceso con distintos parámetros, y esto es a grandes rasgos el objetivo de este trabajo.

Si reducimos el conflicto de la Guerra Fría a una única razón, sería sin duda el enfrentamiento entre el capitalismo liberal y el comunismo que, al no poder coexistir, dividen el mundo en dos bloques antagónicos. Si aplicamos esta premisa al contexto americano, el principal factor de confrontación fue sin duda la Cuba de Fidel Castro que, después de derrocar a Fulgencio Batista, implantó en la isla caribeña un régimen socialista satélite de la URSS. La declaración oficial de intenciones de la Cuba castrista les convirtió en el primer país americano que resquebraja severamente el dominio estadounidense en Iberoamérica, que les expulsa decididamente de su territorio y que además se alía con el enemigo soviético.

Pero el caso cubano no fue el único que obligó a Estados Unidos a movilizar filas o a aplicar una política exterior agresiva. Durante estos años, Washington recurrió al intervencionismo en varios países iberoamericanos como Guatemala, la República Dominicana o Chile, entre muchos otros, y que responden a razones que, más que tener que ver con el conflicto ideológico con los comunistas, se identifican más con la defensa de intereses económicos, financieros y comerciales.

### **5.1. Intervencionismo de EEUU**

Todos los factores que se han ido desmigando anteriormente, la irrupción comunista en Iberoamérica, la proliferación del nacionalismo y el antiimperialismo, el afán de desarrollo independiente iberoamericano, así como la coyuntura internacional que ofrecía la Guerra Fría, marcaron el camino de la política exterior estadounidense hacia una vía intervencionista. El fin último de estas intervenciones fue alinear las aspiraciones de los países intervenidos con los intereses estadounidenses, además de aplicar la contención al comunismo.

A lo largo de este capítulo trataré de clarificar las intervenciones estadounidenses, sobre todo de los años cincuenta y sesenta, para intentar comprender la verdadera intención de dichas mediaciones y si se corresponde con el propósito oficial

expuesta por la administración norteamericana. Se podrá comprobar cómo dichas intervenciones no solo tienen que ver con el conflicto ideológico y la coyuntura anticomunista, que solía ser la excusa más utilizada para llevar a cabo la intervención. Se verá cómo uno de los principales motivos de que muchos de los países latinoamericanos se viesen abrumados por la presencia estadounidense era la injerencia en los intereses económicos del norte mediante expropiaciones de tierras e infraestructuras explotadoras, o la aplicación de políticas progresistas y liberalizadoras que podrían subvertir la influencia estadounidense a corto y largo plazo.

Estas intervenciones conocían varios mecanismos de acción. Podían ser directas, mediante la introducción de las fuerzas armadas para garantizar la seguridad de las propiedades estadounidenses, o mediante el apoyo político, y sobre todo militar, a movimientos contrainsurgentes que quisieran derrocar a su gobierno para después alinearse con Estados Unidos. El perfecto ejemplo de una intervención directa es el llevado a cabo en Guatemala contra el gobierno de Jacobo Árbenz. Por otro lado, existía la posibilidad de actuar de un modo indirecto, estableciendo duras sanciones económicas, comerciales o diplomáticas, como fue el caso de Chile cuando gobernaba Salvador Allende.

#### *Guatemala. Árbenz y la United Fruit Company*

Los intereses estadounidenses habían estado salvaguardados en Guatemala durante la dictadura de Jorge Ubico (1931-1944), sin embargo, el reformismo que vino después con Juan José Arévalo primero, y con Jacobo Árbenz después, tambaleó la presencia norteamericana en el país. Finalmente, se procedió a la invasión de Guatemala en 1954 por parte de contingentes rebeldes entrenados por las fuerzas militares estadounidenses, provocando la subida al poder de Carlos Castillo Armas.

Juan José Arévalo inició un importante programa de reformas seguido por el siguiente presidente electo, Jacobo Árbenz. El nuevo gobierno de Árbenz, que comenzó en mayo de 1951, estaba apoyado por partidos como Acción Revolucionaria, Partido Revolucionario Guatemalteco o el Partido Comunista, lo que deja entrever cuáles serían sus medidas de gobierno. Básicamente, el proyecto de Árbenz giraba en torno a cuatro puntos: *“Reforma Agraria, Carretera al Atlántico, construcción de la Central*



*Hidroeléctrica de Marinalá y la construcción del puerto de Santo Tomás*”<sup>21</sup>. El objetivo principal de estas reformas era lograr para Guatemala el control de sus propias tierras, de sus explotaciones y de sus puertos, que estaban dominadas por empresas extranjeras, sobre todo norteamericanas.

Pero sin duda alguna, el elemento clave fue la Reforma Agraria, algo muy reclamado por las clases populares de la sociedad iberoamericana. Por aquel entonces en Guatemala, la tierra estaba desigualmente repartida; tan solo un 2% de las fincas agropecuarias ostentaban más del 70% de la tierra cultivable, lo que evidencia una excesiva concentración de tierras en muy pocas manos, una realidad muy desfavorable para el pequeño campesino guatemalteco. Por otro lado, había un importante retraso tecnológico en la agricultura, lo que dificultaba aún más la subsistencia del minifundio y su propia productividad. La base campesina del país estaba además ampliamente ligada a las grandes propiedades; *“el minifundio está supeditado económica y socialmente al latifundio y funciona en beneficio de éste (...) en condiciones de inferioridad y sujeción obligada”*<sup>22</sup>. Bajo estas condiciones no es de extrañar el alzamiento de las fuerzas políticas de izquierdas en Guatemala que gobernasen a favor de las clases campesinas oprimidas.

La compañía norteamericana United Fruit Company (UFCO) tuvo durante estos años una importancia fundamental en la economía guatemalteca. Uno de los principales sectores productivos y exportadores del país, la explotación del banano, estaba en manos de *El Pulpo* – como apodaban a la compañía–, y tuvo mucha influencia también sobre la construcción de las vías de ferrocarriles y los puertos. Estos monopolios habían procurado a la compañía un enorme cantidad de tierras en el país que, según calcula Jesús García Añoberos, estaría en torno a las 210.000 hectáreas de terreno, casi un 6% del terreno cultivable de Guatemala, poseía casi el doble de hectáreas que 160.000 pequeños campesinos<sup>23</sup>, lo que lleva a hablar de un verdadero imperio agrícola, que además tenía importantes influencias en el gobierno norteamericano. Los objetivos principales de la Reforma Agraria de Árbenz, definidos en sus tres primeros artículos, eran los siguientes<sup>24</sup>:

---

<sup>21</sup> Blandón, 2010: 249

<sup>22</sup> Añoberos García, 1987: 95-111

<sup>23</sup> *Ibidem*: 118-119

<sup>24</sup> *Ibidem*: 165

1.- Abolir todas las formas de servidumbre, esclavitud o repartimientos de indígenas.

2.- El desarrollo de la economía capitalista campesina y la economía capitalista de la agricultura en general.

3.- Otorgar tierra a los campesinos, mozos colonos y trabajadores que no la poseen, o poseen muy poca.

4.- Facilitar la capitalización del agro mediante el arrendamiento capitalista de la tierra nacionalizada.

5.- Introducir nuevas formas de cultivo e incrementar el crédito agrícola para todos los campesinos y agricultores capitalistas en general.

Que se insista tanto en el carácter capitalista de la reforma no es casualidad en un momento en el que Macartismo estadounidense estaba a la orden del día. Incluso el propio Árbenz afirmaba que su principal objetivo en su legislatura era convertir a Guatemala en un país independiente y capitalista. Por lo tanto cabe preguntarse si realmente las medidas implantadas eran de carácter comunista y, por ende, si la intervención norteamericana estaba justificada dentro de la coyuntura de la Guerra Fría y de la Doctrina Truman. La nacionalización de los medios de producción en sí puede comprenderse como socialismo-marxismo cuando esos medios están directamente destinados al trabajador, o en este caso al pequeño campesino en forma de lotes de tierras expropiadas. Sin embargo el propósito final de esta reforma, como así se afirma en sus primeros artículos, es convertir a Guatemala en un Estado independiente de las compañías extranjeras, acabar con ese status semi-colonial y semi-feudal y convertirse en una nación industrializada, capitalista y autodependiente. Y el cumplimiento de esos objetivos pasaba obligatoriamente por deshacer el entramado corporativo que la UFCO había establecido desde hacía más de medio siglo en el país. Pero la Reforma Agraria de Árbenz no fue la única medida que trataba de acabar con la influencia de la compañía ya que la construcción de la Carretera al Atlántico y el Puerto de Santo Tomás pretendía también acabar con el monopolio norteamericano sobre las vías terrestres y marítimas.

Por lo tanto, ¿era Jacobo Árbenz comunista? Bajo la opinión de las instancias gubernamentales estadounidenses, empapadas por el macartismo de la época, desde luego que sí. Durante su mandato tuvo que aliarse con fuerzas comunistas, como el Partido Guatemalteco del Trabajo, una alianza obligada y no premeditada, aunque

personajes declarados comunistas como José Manuel Fortuny formaban parte de su círculo cercano. Sin embargo, trató en todo momento de definir su política como capitalista a riesgo de evitar lo que luego sucedió, la intervención americana. Es revelador saber que en el momento de su renuncia se exilió en países como China o la URSS, pero esto puede deberse a que la tensión global entre los capitalistas-liberales y los comunistas llevaron a los primeros a no admitir a Árbenz en su país. El conglomerado reformista en sí no puede calificarse de comunista, pero no cabe duda de que pudiera dar motivos a la URSS para ver en él un eslabón útil en la contención de su enemigo en Centroamérica, y del mismo modo, un foco peligroso para la hegemonía de Estados Unidos y al que era necesario poner fin.

La intervención norteamericana en Guatemala comenzó justificándose ante la Décima Conferencia Interamericana de la OEA, en marzo de 1954, ante la supuesta infiltración comunista en el país. Antes, los grupos de presión de la UFCO habían generado en la opinión pública estadounidense una situación favorable a la invasión. En dicha conferencia celebrada en Caracas, Estados Unidos logró decretar una resolución que definía el comunismo como incompatible con las naciones americanas, con la aprobación de todos los Estados menos de Guatemala. La respuesta de Guatemala no se hizo esperar ante el resto de los Estados Iberoamericanos, defendiéndose y afirmando que todo lo que se estaba llevando a cabo en Guatemala no tenía nada de comunista, ni tenían relación alguna con la URSS. Sin embargo, el camino hacia una intervención directa ya estaba abierto.

La excusa final para dar comienzo a la intervención tiene que ver con la llegada a Guatemala de un barco proveniente de Checoslovaquia que, según las agencias norteamericanas, estaba cargado de armas. Bajo estas circunstancias, se inició la intervención de mano del general Castillo Armas que comenzó la invasión desde Honduras, ya que dicho país además de la Nicaragua somocista habían brindado su apoyo para acabar con el gobierno de Árbenz. La etapa revolucionario-reformista en Guatemala que había tratado de acabar con el monopolio norteamericano de los medios de producción, fracasó con la renuncia de Jacobo Árbenz el 27 de junio de 1956. Comenzó entonces el gobierno contrarrevolucionario y anticomunista de Castillo Armas, aupado por Washington, acabando con todo resquicio de la política reformista.

Con un Árbenz convertido en comunista por las circunstancias del momento y por sus detractores, y con la intervención a Guatemala, no solo se aprecia la evidente

realidad de los motivos norteamericanos, sino que también se ve cómo la Doctrina Truman y el macartismo se trasladan a la OEA, una organización bastante susceptible ante Estados Unidos por lo que se ha podido comprobar.

### *República Dominicana. De Trujillo a la intervención*

La intervención en la República Dominicana constituye el mejor ejemplo para comprender la actuación en política exterior de Estados Unidos después del caso cubano. El éxito de la revolución en Cuba y su clara adhesión al bloque soviético aumentaron la cautela respecto a la contención del comunismo. Desde 1930 y hasta 1961 gobernó el país dominicano Rafael Leónidas Trujillo, quien impuso su poder gracias a la represión, la mano dura y la tiranía, pero sobre todo, gracias al anticomunismo y su correspondiente apoyo de Estados Unidos, por lo que se puede enmarcar como una dictadura más de las aupadas por ellos. Su tiranía le acabó costando la vida cuando sufrió una emboscada el 30 de mayo de 1961.

La muerte del general Trujillo trajo unas elecciones democráticas un año después, pero no sin que antes el círculo cercano y la familia del fallecido dictador trataran de continuar con el régimen. El vencedor de dichas elecciones fue Juan Bosch, un intelectual que había actuado en el exilio contra Trujillo, fundando además el Partido Revolucionario Dominicano. Juan Bosch y su partido tenían como principales objetivos restaurar los derechos políticos, sociales y económicos de los dominicanos y acabar con las injusticias, la corrupción y los abusos cometidos durante la dictadura, y garantizar las libertades sociales, todo ello en representación de la izquierda democrática. Promulgó una constitución que recogía las bases de la nueva democracia dominicana. La subida al poder de Bosch fue legitimada con un 58% de los votos, pero también por la aprobación de una administración norteamericana que en aquel momento estaba envuelta en la Alianza para el Progreso de Kennedy y, por lo tanto, en la democratización de América Latina. El caso dominicano era el mejor ejemplo para demostrar la alternativa a la vía cubana, seguía perfectamente el esquema deseado por Kennedy, en el que se debía pasar de una dictadura a un gobierno democrático que garantizase el Estado de bienestar y la estabilidad político-social. Pero Bosch se quedó a medio camino. Siete meses después de su elección como presidente, el Palacio Presidencial fue asaltado. Las razones de su caída en desgracia bien pueden englobarse

en una excesiva honestidad y a un idealismo difícilmente aplicable a una sociedad no acostumbrada a la correcta política.

La presidencia de Bosch estuvo a merced de la inestabilidad política y social desde el primer día, y el intento de llevar una vía política honesta en estas condiciones fue lo que le condenó. Las medidas aprobadas por la nueva constitución aplicaban la expropiación de tierras para acabar con el latifundio, atacando los intereses de las clases propietarias, pero beneficiando al campesino y a los trabajadores empobrecidos. Pero en un país acostumbrado a las injusticias, a la precariedad vital y social, este tipo de reformas pronto serían calificadas de revolucionarias, hasta tal punto de causar resquemor entre los propios partidarios de la democracia<sup>25</sup>. También hay que sumar la animadversión del ejército ya que, al intentar frenar la corrupción, Bosch chocó con las Fuerzas Armadas y su zona de confort que se creía intocable desde siempre. Otra de las razones que le llevaron a ser depuesto fue el buen trato que tuvo con los cubanos comunistas residentes en el país, además de no prohibir los viajes a Cuba, unas decisiones que pronto le tacharían de comunista y que le pondrían en el punto de mira de Estados Unidos.

El gobierno de Bosch, que caía cada vez más hacia la izquierda y permitía la manifestación ideológica comunista en su país, no pudo convencer a amplios sectores sociales, ni a los democráticos ni a los militares. Con todo esto y más, el 25 de septiembre de 1963 se produjo un Golpe de Estado que dio paso a una Junta Militar, cuyo objetivo era mantener sus privilegios dentro del statu quo dominicano.

De nuevo el descontento se generalizó en la isla ante un gobierno militar corrupto e ilegítimo. La guerra civil estalló el 24 de abril de 1965 en un momento en el que Juan Bosch volvía a coger fuerza para alcanzar la presidencia. Sin embargo, la administración de Estados Unidos, ahora en manos del sucesor de Kennedy, Lyndon B. Johnson, decidió intervenir en la isla. Si apenas dos años antes se veía en Juan Bosch una buena vía para la democratización de la República Dominicana, ahora suponía un peligro de infiltración del comunismo y de que la isla se convirtiera en otra Cuba dentro de la esfera de influencia de la URSS. Según Johnson, *“la presencia militar se explicaba por la necesidad de proteger la vida de los dominicanos –dado el alto grado de violencia que se vivía en el país– y de los estadounidenses que residían en la isla, así*

---

<sup>25</sup> Gleijeses, 1978: 98-99

*como evitar la aparición de un régimen comunista en ella*”<sup>26</sup>. Después de la intervención, las Fuerzas Armadas dirigidas por el trujillista Joaquín Balaguer adquirieron el poder.

La intervención en la República Dominicana tuvo caracteres novedosos respecto a lo que antes se había visto en las relaciones interamericanas. Si anteriormente, como en el caso de Guatemala, se ha visto que una de las razones principales de la intervención era la injerencia en los intereses económicos norteamericanos, en la isla dominicana el motivo cambia de dirección. La Cuba Castrista había procurado a Estados Unidos y al resto de los colaboradores iberoamericanos una suerte de escepticismo político ante toda vía izquierdista, por el peligro de la infiltración comunista. La posibilidad del retorno de Juan Bosch, aquel hombre reformista que se negaba a perseguir a comunistas, fue motivo suficiente para dar apoyo a las Fuerzas Armadas y velar por la vuelta de la antigua política. Por lo que se concluye que la política exterior estadounidense, enfrascada en la Alianza para el Progreso de Kennedy, más que buscar primordialmente la democratización de la región iberoamericana, lo que en realidad se buscaba era la estabilidad anticomunista, incluso si esto suponía la liquidación de la democracia. En definitiva, según la administración estadounidense, cualquier cosa era mejor antes que otro régimen comunista en América.

Pero el principal aspecto novedoso de esta intervención fue la participación directa de otros Estados Iberoamericanos mediante el establecimiento de una fuerza militar interamericana, lo que fundamentaba aún más la política exterior estadounidense y evidenciaba la debilidad de Iberoamérica ante el poderío norteamericano.

#### *Chile. La intervención económica*

Desde principios de los años sesenta había ido cogiendo forma la política izquierdista en Chile de mano de Salvador Allende y su Partido Socialista de los Trabajadores. El temor de Washington ante una infiltración comunista se materializó cuando Allende ganó las elecciones de 1970 e implantó una política reformista y nacionalizadora, la cual amenazaba las inversiones norteamericanas en el país. Pero lo cierto es que, pretensiones financieras aparte, Allende dio motivos de sobra para que esos temores estuviesen justificados. Entre otras cosas, Allende invitó a Castro a su país

---

<sup>26</sup> Martínez de Salinas, 2006: 484

en 1971 y el dirigente cubano aunó en su discurso los caminos de ambos países hacia el socialismo y en contra del fascismo y el imperialismo norteamericano<sup>27</sup>.

El *modus operandi* estadounidense, que hasta entonces estaba fundamentado sobre todo en la acción militar, cambió de dirección hacia una intervención indirecta, con el bloqueo económico como principal herramienta para eliminar la amenaza comunista. Se aprovechó la debilidad política de Allende ante el congreso para restringir todo tipo de ayuda económica al país andino, algo que supuso un duro golpe, ya que hasta entonces Chile era uno de los países que más se había beneficiado de la Alianza para el Progreso. La situación económica chilena, —que había visto como en los primeros meses de Allende se mejoraba la producción, se reducía el paro y bajaba la inflación—, sufrió después del bloqueo una caída en picado generalizada que sumió al país en una situación ingobernable: inflación, retirada de inversiones, caída del precio del cobre (principal recurso del país), desabastecimiento, protestas sociales, huelgas, etc. Finalmente, con el apoyo de la CIA y el Pentágono<sup>28</sup>, se alentó un golpe de Estado contra Allende por parte de militares chilenos en septiembre de 1973, liderados por Augusto Pinochet, quien tomó el poder e inició una dictadura que duró hasta 1989.

## 5.2. La revolución cubana

El 1 de enero de 1959 fue expulsado del poder Fulgencio Batista por los revolucionarios comandados por Fidel Castro, y pasó a instalarse en la isla caribeña un gobierno que fue radicalizándose en su postura socializadora y antiimperialista que acabó empujándole hacia la órbita de la URSS. Desde 1952, Batista había instaurado en su segundo mandato un gobierno dictatorial apoyado en el ejército, donde predominó la delincuencia, la corrupción, la inquietud y la inestabilidad social. Durante la primera mitad del siglo XX, Cuba había estado siempre bajo la esfera política y económica estadounidense, debido en gran parte a la riqueza natural de la isla, sobre todo a la exportación del azúcar. La influencia estadounidense en la isla se traducía, entre otras cosas, en *“el dominio del 90% de los servicios de teléfonos y electricidad, el 50 de los ferrocarriles, el 23 de las industrias y el 40 de la producción del azúcar”*<sup>29</sup>. Sin embargo, el apoyo norteamericano servía para potenciar la economía de monocultivo, lo

---

<sup>27</sup> Nieto, 2005: 318

<sup>28</sup> *Ibidem*: 319

<sup>29</sup> Guerra y Maldonado, 2009: 19

que derivó una estructura social agraria y desigualitaria. En base a esto, el principal objetivo de la revolución fue implantar una reforma agraria que otorgase a los cubanos el derecho sobre su propia tierra y su explotación, en vez de a las multinacionales fruteras.

La revolución castrista comenzó con el asalto al Cuartel General de Moncada el 26 de julio de 1953. Ese día dio nombre al movimiento revolucionario 26 de julio (M-26-7), fundado por Fidel Castro en México después de su exilio. Castro planteó en su famoso alegato “*La historia me absolverá*”, un programa de reformas destinadas sobre todo al progreso del campesinado en detrimento de las élites cubanas y las empresas norteamericanas que se habían beneficiado de la corrupción del gobierno de Batista<sup>30</sup>. La ideología del movimiento en un principio estaba enmarcada en la del Partido Ortodoxo cubano, es decir, en el antiimperialismo, el nacionalismo cubano y la lucha contra la corrupción.

La lucha armada comenzó en diciembre de 1956. Un contingente guerrillero comandado por los Castro, y en el que se encontraba ya el médico argentino, Ernesto Che Guevara, partió a bordo del buque *Granma* que desembarcó en el extremo suroriental de la isla y se instaló en Sierra Maestra, alentando el levantamiento en el resto del país y combatiendo a las fuerzas de Batista. El ejército guerrillero-revolucionario fue ganando terreno al mismo tiempo que iba adquiriendo más seguidores para su causa, fundamentalmente del campesinado, y también mientras Estados Unidos comenzaba a retirar el apoyo al cada vez más desprestigiado régimen batistiano. La razón de esto último radica en la intención norteamericana de instar a Batista a que minimice la represión y optar por una vía pacifista y democrática para así evitar un alzamiento mucho mayor, lo que podría desembocar en un gobierno revolucionario<sup>31</sup>. Durante los meses de guerra, el movimiento revolucionario castrista aún no se identifica con los postulados comunistas, ni siquiera obreristas, lo que permite comprender el fracaso de una huelga convocada en La Habana por el M-26-7. La línea ideológica de la revolución seguía enmarcada dentro de la necesidad de la Reforma Agraria y de expulsar a los imperialistas de la isla.

Finalmente, el último día de 1958 Batista huyó a la República Dominicana ante el avance castrista, que conseguiría tomar La Habana y los principales centros de poder los

---

<sup>30</sup> *Ibidem*: 39-40

<sup>31</sup> *Ibidem*: 52-53



días siguientes. Una vez derrocada la dictadura batistiana, se convocaron elecciones para restaurar el orden institucional. El primer gabinete de gobierno estuvo disputado entre Manuel Urrutia y Fidel Castro, hasta que el primero decidió renunciar a su cargo por desavenencias con el segundo, dejando el camino libre a Castro. Durante los primeros meses se siguió un camino moderado, fiel a lo que Castro declaró después del asalto de Moncada, es decir, “*una ideología nacionalista democrática, no comunista, (...) que aspiraba a la implementación de una serie de reformas económicas y sociales que reafirmarían la soberanía y la igualdad de la nación.*”<sup>32</sup>. Durante los primeros meses de gobierno realizó numerosos viajes por Iberoamérica donde le preguntaron si era comunista, a lo que el respondía: “*no, no era comunista sino humanista (...) la revolución no era roja, sino verde olivo*”<sup>33</sup>. El propio Guevara reafirmaba también el carácter independiente de la revolución con sus *Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana*<sup>34</sup>, donde alude a la especificidad y singularidad que tiene la revolución cubana porque no se ajusta a las condiciones que alguien como Lenin impuso para que un movimiento revolucionario sea auténtico, es decir, estar dotado de una teoría revolucionaria, una línea ideológica que proporcione algo verdadero por lo que luchar.

Desde que triunfó, la revolución fue vista por Estados Unidos como un peligro por su corte nacionalista y antiimperialista, no como un gobierno abiertamente comunista. A medida que pasaba el tiempo, Castro adquiría mayor popularidad y poder, la revolución cada vez estaba sustentada por un mayor apoyo popular, obrero y campesino, ampliamente beneficiados por la reforma agraria. La tensión ideológica comenzó a hacerse patente a partir del verano de 1959, cuando se encarceló a políticos y militares acusándoles de traición por renunciar a su cargo debido al aumento de comunistas en las instancias gubernamentales. Por otro lado, 1960 fue el año de la radicalización del gobierno revolucionario. Las hostilidades con Estados Unidos se iniciaron en marzo, a raíz de la explosión de un carguero francés repleto de armas en el puerto de La Habana, que causó 100 muertes civiles y 400 heridos. Cuba culpó a la CIA y a Estados Unidos, y al mismo tiempo se conformó un nuevo gobierno cubano con varios dirigentes abiertamente favorables al comunismo<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> Rojas, 2015: 98

<sup>33</sup> *Ibídem*: 102

<sup>34</sup> Rodríguez, 1970.

<sup>35</sup> Rojas, 2015: 108

La oposición norteamericana no solo se fundamentaba en el anticomunismo. Condenaban también los fusilamientos que el régimen castrista había llevado a cabo contra sus opositores, y contra aquellos que se decía que habían traicionado a la revolución. Las nacionalizaciones de empresas de servicios públicos y de azucareras, así como de la banca norteamericana, complicaron aún más la situación. Finalmente, Estados Unidos y Cuba rompieron relaciones diplomáticas en enero de 1961 y a partir de entonces las hostilidades entre ambos países se manifestaron de manera directa, y el mejor ejemplo fue el desembarco de Bahía de Cochinos. En plena Guerra Fría, la URSS entró en escena al ver el potencial que el régimen castrista tenía para generar un foco comunista tan cerca de su enemigo, y pasó a sustituir a Norteamérica como socio comercial de Cuba, de tal manera que ocupó *“el primer lugar en el comercio exterior de la isla, con una participación superior al 45% del total”*<sup>36</sup>. El vacío que la dependencia con el Norte dejó en Cuba, fue llenando por la Unión Soviética y el resto de países enmarcados en el Bloque Comunista, algo que ayudó a que el gobierno revolucionario se definiera definitivamente como socialista.

En esta situación, los Estados Unidos decidieron pasar de aplicar sanciones económicas a intervenir militarmente. El plan de la administración Eisenhower para invadir la isla fue aprobado tan solo unos meses después del triunfo de la revolución. Con Kennedy en la Casa Blanca, se rescató este plan y se apoyó a un grupo de residentes cubanos exiliados en Miami, se les armó y se les entrenó para desembarcar en la isla y derrocar a Fidel Castro. El desembarco en Playa Girón tuvo lugar el 16 de abril de 1961, pero terminó en un completo fracaso. Castro estaba advertido del ataque, tenía un mayor conocimiento del terreno, y los invasores no recibieron suficiente cobertura militar. El triunfo castrista no hizo otra cosa que aumentar los intercambios con la URSS, sobre todo de material militar<sup>37,38</sup>.

En este contexto en el que la URSS logró a escasos kilómetros de EEUU un poderoso aliado, llegamos hasta octubre de 1962 cuando tuvo lugar un acontecimiento que a punto estuvo de cambiar el rumbo de la historia. El gobierno norteamericano descubrió que los soviéticos estaban instalando en la isla misiles de alcance medio, por lo que respondieron implantando un bloqueo naval a Cuba el 22 de octubre de 1962. Desde el 16 de octubre, cuando se descubrieron las bases soviéticas, hasta el 28 de

---

<sup>36</sup> Torres, 1971:38 citado por Guerra, y Maldonado 2009: 99

<sup>37</sup> Nieto, 2004: 216

<sup>38</sup> Martínez de Salinas, 2006: 483

octubre, la tensión entre las dos superpotencias estuvo a punto de provocar una hecatombe nuclear que habría acabado con el mundo. Durante esos terroríficos trece días, Kennedy y Kruschev intercambiaron innumerables llamadas telefónicas para llegar a una solución pacífica. Finalmente, los soviéticos retiraron sus misiles de Cuba, y EEUU levantó el bloqueo a la isla.

La crisis cubana fue uno de los momentos más tensos en el marco de la Guerra Fría. El punto de mira se había trasladado entonces a Iberoamérica, lo que evidencia que el continente pasó a ser un escenario real del conflicto entre las dos superpotencias. Cuba pasó en unos pocos años de ser un país completamente irrelevante a convertirse en un enclave de vital importancia en las relaciones internacionales. Es una prueba más de la universalización del conflicto.

## **6. Conclusiones**

La elaboración de este trabajo me ha llevado a plantear una serie de conclusiones, que expongo a continuación.

Aparentemente podría pensarse que, en el juego diplomático y político de la Guerra Fría, todo vale. Las relaciones que tanto EEUU como la URSS tuvieron con los países englobados en sus respectivas zonas de influencia, se basaron en la consecución de una serie de intereses económicos y políticos propios, aunque en ocasiones se enfrentara al propio desarrollo interno de esas regiones. Si en Europa del Este la URSS logró aunar a todo un conglomerado de naciones en un solo bloque político, ideológico y económico -aunque muchas veces con complicaciones-, EEUU trató de hacer lo mismo en relación con las naciones iberoamericanas. Sin embargo, la estrategia política de los norteamericanos con sus vecinos del Sur nunca tuvo una intención unificadora y política tan contundente como la que tenía el Pacto de Varsovia.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos lograron dar un paso adelante en la consolidación de sus relaciones con el resto de naciones americanas, unas relaciones que, sin embargo, no estaban en condición de igualdad. El papel preponderante que EEUU tuvo en las organizaciones supranacionales americanas, de las que la OEA es la más importante, fue clave para comprender el devenir político e histórico de muchos de estos países. La administración estadounidense logró trasladar sus objetivos de contención del comunismo a los principios de estas organizaciones,

pero esa estrategia muy propia de la Guerra Fría ha podido ser, como he ido analizando en el trabajo, un pretexto que favoreciese a los intereses económicos y financieros de Washington.

La política de contención del comunismo, que fue dependiendo en todo momento de la actitud de cada presidente norteamericano, en ocasiones supuso la transgresión de la soberanía de las naciones iberoamericanas. Cuando países como Guatemala o Chile entre otros, fueron intervenidos por EEUU, se paralizó por completo su desarrollo político y económico independiente ya que no estaban en concordancia ideológica ni económica con las ambiciones norteamericanas.

El terremoto político que supuso la Guerra Fría obligó a Estados Unidos a cambiar los parámetros de su política exterior, hasta el punto de transgredir los valores que defendieron tiempo atrás y que sirvieron para dar forma a los propósitos iniciales de la ONU. Anteriormente, presidentes norteamericanos como Woodrow Wilson o Franklin D. Roosevelt habían defendido el derecho de autodeterminación de los pueblos y de decidir la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir. Por lo tanto, la contradicción es evidente, dichos derechos fueron ampliamente violados con la Guerra Fría y las intervenciones en los países iberoamericanos con el pretexto anticomunista. Es difícil entender este cambio de actitud, más aun cuando en la Segunda Guerra Mundial fueron garantes de la lucha contra el fascismo y de la defensa de la democracia y la libertad. La inmediata posguerra debería haber supuesto el impulso de la democratización de estos países, sin embargo ocurrió lo contrario, es decir, el mantenimiento de regímenes totalitarios que velaron por la contención del comunismo y el beneficio de los intereses norteamericanos.

Una vez examinadas las relaciones de las superpotencias con estos países, así como la actitud política de los mismos respecto a la Guerra Fría, se concluye que el contexto iberoamericano debe ser estudiado de un modo distinto al resto de los escenarios conflictivos del momento. Las particularidades políticas y sociales que presenta son claves para entender el papel que tuvieron en el conflicto. Dichas particularidades residen en la cercanía física y la dependencia histórica con EEUU, que dificultó las relaciones con la URSS, y también en el carácter ideológico y guerrillero que se añadió a la cultura política comunista.

Finalmente, los países iberoamericanos han estado durante gran parte del siglo XX bajo la tutela de Estados Unidos, lo que lleva a presentar otra conclusión, y es la

debilidad política del continente y su incapacidad para adquirir su propia cultura política independiente. Las décadas de dictaduras totalitarias y de dependencia económica con el Norte, junto con sus propios problemas internos, muestran una realidad histórica que viene de atrás, e impide a las naciones iberoamericanas emerger definitivamente.

## 7. Bibliografía

- Añoveros, Jesús, *La reforma agraria de Arbenz en Guatemala*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1987.
- Blandón, Chuno, *Entre Sandino y Fonseca: la lucha de los pueblos de Nicaragua, Centroamérica y el Caribe contra las dictaduras y las intervenciones USA, 1934-1961*, Madrid, Editorial Fragua, 1980.
- Gleijeses, Piero, *La crisis dominicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Guerra, Sergio, *Historia de la revolución cubana*, Navarra, Txalaparta, 2009.
- Pelaz, José Vidal, “Las relaciones internacionales: de la Guerra Fría al mundo unipolar (1945-2005)” en *Historia del Mundo Actual (desde 1945 hasta nuestros días)*, Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, 2006.
- Martínez de Salinas Alonso, María Luisa, “Iberoamérica. Dependencia y contrastes” en *Historia del Mundo Actual (desde 1945 hasta nuestros días)*, Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, 2006.
- Levinson, Jerome, *La Alianza extraviada: un informe crítico sobre la Alianza para el progreso*, México, Fondo de cultura Económica, 1972.
- Nieto, Clara, *Los amos de la guerra: el intervencionismo de Estados Unidos en América Latina. De Eisenhower a G.W. Bush*, Barcelona, Debate, 2005.
- Niño, Antonio, Montero, José Antonio, *Guerra fría y propaganda: Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- Rinke, Esteban, *América Latina y Estados Unidos: una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy*, Madrid, Marcial Pons, 2014.
- Roitman, Marcos, *Tiempos de oscuridad: historia de los golpes de estado en América Latina*”, Madrid, Akal, 2013.
- Veiga, Francisco, *La paz simulada: una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*, Madrid, Alianza, 2006.